

compañía de otros, hacía beber á todos antes que él; de donde provenia su dicho: « El que da de beber á un pueblo, beba el último. » Bebía siempre con la mano derecha. Un día, hallándose sentado entre Abubekr á la izquierda, y un Árabe á la derecha, bebió una taza de miel con agua, y luego dió la taza al Árabe. Omar, que estaba enfrente, le preguntó por qué no la había dado á Abubekr, á lo que contestó: « Los de la derecha son los derechos. » Prohibió beber por la boca del odre, y por tazas con el borde dentado. Su bebida predilecta era agua dulce y fresca, que le llevaban de una fuente distante dos jornadas de Medina. Mandaba cubrir de noche los platos y los vasos para beber.

Emprendía sus viajes ordinariamente en lunes, y á veces en juéves ó miércoles. « Si viajáis en años fértiles (decía), no dejéis que falte á vuestras cabalgaduras forraje y yerba; si en años estériles, apresuraos lo mas posible á fin de llegar al sitio determinado, para que aquellas no desmayen; y si de noche, descansad un par de horas, fuera del camino, y donde no os molesten los insectos. » Prohibió viajar sin compañía, diciendo: « Si el hombre supiese lo que hay en la soledad, jamas iría solo. » Prohibió absolutamente los viajes á las mujeres sin sus maridos; tampoco permitió servirse en el viaje de campanillas, que consideraba salmodias del diablo, y á los viajes cosa del infierno. Acudió á menudo á ayudar á los débiles y á los enfermos, y les hizo sentar detras de sí. Un día le salieron á recibir Abdallah, hijo de Cuafer, y sus dos sobrinos Asan y Usein; é hizo subir á los tres sobre su camello, el primero delante y los otros dos detras, entrando así en la ciudad. Siempre procuraba entrar por la mañana, nunca por la noche, y mandó á sus amigos que le imitasen en esto. Hacía matar á un camello ó á un buey, para obsequiar á los que habían ido á recibirle; pero antes del banquete se encaminaba á la mezquita. Á la vuelta de un viaje decía: « ¡ Bendigamos á Dios con himnos! » Entrando en la ciudad: « Con la ayuda de nuestro Señor, hemos llegado á vuestras casas, sin que nuestros pecados nos hayan causado perjuicio. » Ordenó que yendo de viaje tres hombres juntos, se nombrara á uno emir, esto es, jefe de la caravana. Cuando alguno al emprender un viaje iba á despedirse de él, le decía: « Declara á Dios tu religion y el fin de tus acciones; » ó bien: « Dios acrezca tu virtud, perdone tus pecados, y haga que encuentres el bien adonde quiera que te vuelvas. »

Era un modelo en las reuniones sociales en general, y en especial con las mujeres. Decía: « El mejor de vosotros sea el mejor con su esposa, porque yo soy el mejor de vosotros con la mía. » Bebía por el mismo lado del vaso que había bebido Ayesa, y á veces comía carne del mismo hueso que ella tenia entre los dientes. Descansaba frecuentemente con la cabeza en su regazo, recitando el Coran. Una vez apostó á

correr con Ayesa, y fué vencido: al cabo de algunos años, habiendo apostado de nuevo, la dejó atras y dijo: « Ahora estamos iguales. » Ayesa refiere lo que sigue: « Un día disputábamos, y el Profeta propuso que eligiésemos por árbitro á Ebu Obeide. — No (le dije yo), es demasiado dulce y se inclinará á ti. » Entonces me preguntó: « ¿Te parece bien Omar? — No (repliqué), hasta el diablo le tiene miedo. — ¿Y Abubekr? añadió, y contesté que sí. Vino Abubekr, y el Profeta empezó á exponerle el objeto de nuestra disputa. Entonces le dije: « ¡Oh Profeta de Dios! sé justo. Y mi padre me dió tan fuerte bofetón que la sangre me corrió de las narices. » Ninguno (dijo) te haria la justicia que mereces, sino el Profeta de Dios. — No exigía de tí eso, oh Abubekr, » observó Mahoma, y levantándose, enjugó la sangre que corría por mi rostro. »

Siempre que Ayesa se irritaba, le ponía la mano sobre los hombros y decía: « ¡Dios mio! perdonad sus pecados, aplacád la ira de su corazón y preservadla de agitaciones. » Todos los días, despues de la oracion de la tarde, visitaba á sus mujeres, informándose de su salud, y por la noche iba á la habitacion de aquella á quien tocaba el turno. Trataba á todas con la posible igualdad en cuanto á la comida, á la habitacion, al vestido. Le aconteció á menudo visitar en una misma noche sus nueve mujeres, y lavarse una vez sola; sin embargo, solia lavarse despues de visitar cada estancia. Selma, una de sus esposas, dice, que cuando estaba con ellas, cerraba los ojos, se cubria la cabeza con la capa y decía á la esposa: « Conservaos tranquila y digna. » Aunque poseía la fuerza de treinta hombres, solo tuvo nueve mujeres. « De vuestro mundo, decía, no amo sino las mujeres y las fragancias; y Dios ha puesto en la oracion el consuelo de mis ojos. »

Cuando estaba en compañía de los suyos, acostumbraba sentarse cruzando los piernas, y cogiéndose los piés con las manos; pero tambien se tendía boca arriba, y entonces tenia un pié sobre otro. Odiaba el hablar mucho, abreviaba el discurso todo lo posible, y frecuentemente se servia de gestos para economizar palabras. Al hablar golpeaba muchas veces con la mano derecha la pierna izquierda, y siempre que se sorprendia torcia la mano, volviendo la palma hácia afuera. Cuando montaba en cólera, se alisaba á menudo los cabellos; y si sus compañeros se admiraban de algo, él se admiraba tambien; pero si se reían, él permanecía serio, ó todo lo mas se sonreía. Ayesa asegura que no le vió nunca reirse. Si lloraba por un muerto ó de compasion, sus lágrimas eran pocas. Amaba la poesia, y se hacia leer versos, pero él no los leía, aunque citaba muchos en el metro *resces*. El único verso que repetía á menudo es aquel tan célebre de la poesia de Zebid:

Fuera de Dios, ¿no es todo vanidad?

Asegura Ayesa que nada odiaba tanto Mahoma como los versos, y que regularmente no recitaba ninguno. Una vez se acordó de los célebres versos de un poeta árabe:

Enséñente los dioses lo que aun ignoras,
Y dílo á quien su valor ignora

y como Mahoma recitara:

Enséñente los dioses lo que aun ignoras,
Y dílo á quien ignora su valor

« Profeta de Dios (le dijo Abubekr), está equivocado el verso. — No soy poeta, » respondió Mahoma. Le gustaba oír anécdotas, rodeado de sus compañeros ó de sus mujeres; y hasta se complacia en bromear con aquellos, si bien sus bromas no se fundaban nunca en mentiras. Decía: « Dios no desaprueba los chistes del que los usa con pura intencion. » Observaba los juegos y los bailes de las mujeres, pero sin tomar parte en ellos. Uno de sus chistes mas conocidos es el usado con Sofia, hija de Abdol Motallib, que le preguntó si las mujeres entrarían en el paraíso; contestó: « Las jóvenes, pero no las viejas; » y cuando vió que la vieja se afligia, le consoló con los versículos del Coran: « Hemos creado estas mujeres (del paraíso), y conservado su virginidad. »

Caminaba lentamente y con dignidad, segun el versículo del Coran: « Los siervos del misericordioso caminan con modestia, y á los ignorantes que les dirigen la palabra responden: ¡ paz! » Unas veces iba calzado; otras descalzo; montaba caballos, camellos, mulos y asnos con sus esposas en las ancas. Antes de acostarse se quitaba el vestido que había llevado durante el día, y recitaba los tres últimos capítulos del Coran (1). Se acomodaba sobre el lado derecho, con la mano derecha bajo el rostro, y decía: « ¡Oh Dios mio! ¡por tí vivo y por tí muero! » ó bien: « ¡En tu nombre, Señor! tú me pones de lado, y de nuevo me levantarás, » Dormía sobre esteras ó simplemente en el suelo. Su funda era de piel, llena de hojas de palmera. Explicaba á sus amigos los sueños, recomendándoles que siempre que soñaran cosas malas, escupieran tres veces sobre el lado izquierdo, se colocasen sobre el derecho, y no hablasen á nadie del asunto. Al levantarse decía: « ¡Alabado sea Dios, que nos da la vida, despues de habernos sumergido en la muerte! » En todas ocasiones recordaba la presencia del Señor, alabando y exaltando su nombre.

Era el mas bello, mas generoso y mas va-

(1) « Quum recipiebat se somni causa, conjungebat ambas palmas manuum suarum, deinde expuebat in eas, et legebat Suram... deinde confrebat utraque palma id quod poterat de corpore suo, inclinans caput et convertens illud ad eam partem quam attraxerat de corpore suo, et hoc iterum faciebat. » Ex relatione Aise, in *Mannacci*, p. 833.

liente de los hombres, y al par que valor tenia dulzura. La Tradicion ha conservado estas palabras de Anis, que le sirvió nueve años: « El Profeta no me ha dicho jamas: ¿Por qué haces esto ó aquello? Nunca me ha reprendido. » Esta dulzura explica en parte el afecto de sus discípulos y compañeros. Si tocaba á alguno la mano, no era el primero en retirar la suya, y si tropezaba con cualquiera, no era tampoco el primero en alejarse; lo cual prueba afabilidad y cortesania. Habiendo dejado con airado rostro á uno que le hablaba, se reprendía á sí mismo, en nombre del Cielo, en el cap. LXXX del Coran que empieza así: *Él se ha alejado*. Bochari, el mas ilustre compilador de la Tradicion, refiere en su libro *De las buenas maneras*, que Mahoma compró un día una camisa por cuatro dirhem, y la regaló á uno de sus auxiliares, el cual, habiéndole encontrado á la vuelta, le dijo: « ¡Oh enviado de Dios! cúbreme con una camisa, y Dios te remunerará con el vestido del paraíso! » Le restaban solo dos dirhem: encontró en el camino una esclava que le suplicó le diese dos dirhem para comprar harina, y que lloraba por temor á los golpes del amo. La acompañó á casa de este, y consiguió que en el acto la declarase libre. En sus discursos le gustaba marcar bien los acentos, y repetía muchas veces la misma palabra. Saludaba por lo comun tres veces y se despedía otras tantas. Decía de sí mismo: « El terror me ayuda; se me dieron áureas sentencias; cuando dormía, me fueron entregadas las llaves de los tesoros de la tierra. »

Supuesta la índole tan seria del Profeta, no puede ser muy rico el capítulo de los *Chistes*. Seguramente ningun lector occidental reirá sino quizá de ver que á estas cosas se las llame chistes. Por ejemplo: Abubekr llegó mientras Ayesa disputaba con Mahoma, y gritaba mas que él; el padre queria, por esta causa, tirar de las orejas á su hija, pero el Profeta se lo impidió. Abubekr se marchó amostazado, y cuando luego volvió, los halló en paz. « Dejadme (dijo Abubekr) tomar parte en vuestras paces, como antes en vuestra disputa. » Pero Mahoma contestó: « Ya las hemos hecho, ya las hemos hecho. » Un Beduino, llamado Sahir, trajo del desierto un regalo al Profeta, y cuando salía dijo Mahoma: « Él nos ha embrutecido y nosotros le hemos civilizado. » Un día vino un quidam con mercancías, y Mahoma le asió por detras sin que aquel le viese: « Libradme de este hombre, gritó el mercader, no sabiendo que era el Profeta quien le tenia asido. » « ¿Quién quiere comprar un esclavo? exclamó Mahoma. — ¡Oh Profeta de Dios! (dijo el quidam, volviéndose) no me encontrarás digno del precio. — ¡Por Dios! ¡por Dios! pues no cuestas barato, sino caro. » Una vez fué á su casa un hombre llamado Abdollah Asino; el Profeta se sonrió al oír el apellido, y le dió de beber. « Dios le maldiga (dijo uno de los presentes), porque le has dado tanto. — No lo maldigas

(respondió el Profeta), pues el asno agrada á Dios y al Profeta. » Son notables especialmente dos palabras con que Mahoma llamaba á Ayesa, la mas querida de sus mujeres, ó á Belal, heraldo de la oracion, segun que estaba dispuesto á discursos de íntima confianza ó á meditaciones; en el primer caso decia: « Habla conmigo, joh rojiza! » y en el segundo: « Espiritualízame, joh Belal! »

Mahoma deducia buenos auspicios de las palabras y de los discursos; pero prohibia que se dedujesen malos. Daba grande importancia á los buenos nombres, y decia que ante Dios los nombres mas ilustres son Abdolla (1) y Abderraman (2); y el nombre mas odiado de Dios el de rey de los reyes. Cambiaba los nombres malos en buenos; como lo ejecutó con los de sus dos mujeres, que primero se llamaban Berre (3), mudándolos en Hineb (4) y Meimunei (5). Cuando encargaba á alguno algun negocio, no lo hacia sin preguntarle antes su nombre, y si no era de su gusto, revocaba la comision. Cuando se admiraba mucho de algo, y tenia el mal de ojo, decia: « Dios le bendiga, y no permita nada en su daño. » Recomendaba á sus compañeros que dijesen, cuando veían una cosa desagradable: « ¡Oh Dios mio! ninguno da el bien, sino tú; y ninguno, sino tú, preserva del mal; solo en Dios hay fuerza y poder. » Mandó que no se entrase en las casas sin pedir permiso, y despues, que el saludo *Salud á vos* (6) fuese correspondido con *Á vos salud* (7). Decia: « ¡El saludo ántes de la palabra (8)! » y « No convidéis á nadie á comer ántes de haberle saludado. » Prohibió á los suyos saludar primero á los Judíos y Cristianos, pero no que les devolviesen el saludo. Á los amigos les tocaba la mano, y cuando volvian de un viaje largo, los abrazaba. Decia: « El que estornuda diga: Looado sea Dios, y los que le oyen respondan: Dios tenga piedad de ti. » (Esta fué desde entonces una costumbre del islamismo.)

Sus juramentos eran: « Por aquel en cuyas manos está mi alma. — ¡Por aquel que cambia los corazones! — ¡Por Dios! » Cuando dejaba la conversacion decia: « ¡Alabado seas tú, Dios mio! testifico que no hay mas Dios que Dios, é imploro tu perdón y arrepentido me vuelvo á ti. »

Mahoma se arreglaba todos los dias los cabellos y la barba; ungió aquellos con aceite y se recortaba los bigotes. Decia: « Recortaos los

bigotes y dejáos crecer la barba, al contrario de los magos. » Todos los viérnes, ántes de ir á la mezquita, recortaba los bigotes y se cortaba las uñas; se limpiaba de toda inmundicia con la mano izquierda; se pintaba los ojos con colorete de Ispahan, tres veces el derecho, tres ó solo dos el izquierdo. En sus viajes llevaba siempre consigo espejo, peine, mondadiéntes, tijeras, un pomito de colorete para los ojos, otro de perfumes y otro de aceite. Este es el siete del tocador del Profeta, imitado, á lo que parece, del siete en siete (1) del tocador de las mujeres orientales. Cuando murió, tenia solo unos cuantos pelos grises en la barba y en la extremidad superior de la cabeza. Un gran número de imanes disputaron sobre si empleaba realmente el azafran para teñirse el cabello, ó mas bien como remedio contra el dolor de cabeza, y si se bañaba tambien con otro objeto que el del lavatorio prescrito en ciertos casos por la ley. Era rojo de cara, su cabellera, que se creyó de color oscuro, parece debia tirar á lo ménos á roja, pues que la teñia con azafran. Tenia la cabeza grande y lo mismo los ojos; espeso el cabello, la barba bien cuidada; el olor de su sudor era mas grato que el del almizcle (para los creyentes). Al principio Mahoma se dejaba caer los cabellos por todos lados hasta el codo; despues los dividia. Aun observan esta primera costumbre del Profeta muchas órdenes de dervises, los cuales se dejan caer los cabellos sin dividir ni peinar. Pero, en la peregrinacion de la despedida, se afeitó la cabeza, como está prescrito.

Á pesar de los extravíos de su sensualidad, de los delitos á que le arrastró la pasión, y principalmente la venganza de su honor perjudicado por sátiras y vituperios, y á pesar de la opinion contraria manifestada por historiadores y orientalistas de gran fama, de que Mahoma no hizo mas que mentir y engañar por la codicia de mando, nosotros insistimos en creer que no solo le impulsó la grande idea de apartar á su pueblo de la idolatría y conducirlo á la adoracion del único Dios, sino que, dotado de gran talento poético y de vivo sentimiento religioso, exaltado en las horas de entusiasmo, se consideró órgano del Cielo para guiar á su pueblo, como fundador de una nueva religion que se difundió en mucha parte de la tierra.

(1) *El der est*, es decir, siete clases de aceites y siete de adornos para siete miembros del cuerpo: 1º colorete de ojos; 2º unguento para las cejas; 3º unguento para el cabello; 4º colorete rojo; 5º colorete blanco para las mejillas; 6º azafran para las uñas; 7º polvo epilatorio. Los siete adornos son: 1º la diadema; 2º los pendientes; 3º abrazaderas para la garganta del pie; 4º para las manos; 5º el collar; 6º la sortija; 7º el ceñidor; son las siete esferas en que se mueve el mundo cósmico de los Orientales.

(1) El siervo de Dios.
(2) El siervo del Misericordioso.
(3) Que libremente se abandona.
(4) Zenobia.
(5) La afortunada.
(6) *El-salam aleikum*.
(7) *Aleikum el-salam*.
(8) *El-salam kiblet-letam*.

NOTA DE 1865

Esta biografía es extractada de la *Gemaldeaal der Lebensbeschreibung grosser moslimischer Herrs her der eriten sieben Jahrhunderte der Hidschret*, von Hammer Purgstall, Leipzig, 1837; el cual se sirvió principalmente de los escritores turcos. Pero desde entonces acá la vida de Mahoma ha sido, como tantos otros monumentos históricos, puesta muy en claro, principalmente por G. Weil, Gaussin de Perceval, G. Muir y A. Springer, todos los cuales tocaron á las fuentes originales con profunda erudicion y buena critica. En 1843, dió á luz Weil en Stutgard y en aleman *El profeta Mahoma, su vida y sus doctrinas*, sacados del Coran y manuscritos árabes.

De otros muchos mas numerosos é importantes se valió Parceval en el *Essai sur l'histoire des Arabes avant l'Islamisme, pendant l'époque de Mahomet et jusqu'à la réduction de toutes les tribus sous la loi musulmane*, Paris, 1847-1848, 3 t.; y todo lo que ha dicho con extension sobre los tiempos anteriores á Mahoma aclara la mision y la índole del Profeta. Muir escribió su *Vida de Mahoma* en Calcuta, entre mahometanos, y con el fin de ayudar la propaganda cristiana, aunque con materiales enteramente admitidos por los musulmanes. Al contrario, excesivamente benévolo fué Springer en la *Vida y doctrina de Mahoma*, á la cual estuvo trabajando sin cesar, viviendo mucho tiempo en Delhy, estableciendo un pequeño periódico de un sueldo, en el cual iba dando una coleccion de los historiadores de la India. Dió el primer tomo á luz en 1851, el segundo en 1863, pero solo llegó á la huida á Medina. Son infinitas las obras nuevas que halló, y en las cuales se apoya para hablar de los varios hechos del Profeta y de la autenticidad del Coran. En cuanto á las recientes vidas de Mahoma, muchas veces habló de ellas, el año pasado, Bartolomé de Saint-Hilaire á la Academia de ciencias morales y políticas de Francia, y concluía con este juicio: — « Mahoma fué, á un mismo tiempo, revelador de una religion, organizador de un pueblo, fundador de un imperio, que con maravillosa rapidez subyugó una inmensa parte de la tierra: él es el único que en los anales de la humanidad haya reunido los caracteres de profeta, legislador y conquistador. Pero tuvo la fortuna, que inútilmente han buscado otros, de substituir el monoteísmo á la idolatría, de reunir en un cuerpo de nacion todas aquellas hordas errantes, y de asegurarles una parte que

jamas hubieran conservado, á no haber sido él iniciador religioso, legislador y jefe.

» Solo con un hombre puede ser comparado Mahoma: Moises. El profeta hebreo trabajó casi en los mismos lugares, en pueblos que tenian costumbres muy parecidas, pero con la ventaja de haber llegado primero, y veintidos siglos ántes. Sin embargo, formó una religion, de la cual mucho sacó Mahoma, y un pueblo, cuyo indestructible organismo arrojó todos las subversiones, y pareció hasta retar la eterna accion del tiempo, al cual todo cede. Pero no consiguió Moises un vasto imperio con la espada, y las conquistas de su pueblo, que se vió subyugado despues de él, se reducen á algun desierto algo ménos árido que los demas. Ciertos es que los Judíos exterminaron á los pueblos mas inmediatos, pero, en hecho, jamas llegaron á poseer mas que un imperceptible territorio, y el imperio que se imaginaron todavia está enteramente en las tinieblas de un porvenir imposible.

» No es esto una crítica de Moises; ni debe deplorarse que no tuviera que derramar aquellos torrentes de sangre que son el pago de la gloria vulgar. Mas elevada fué la suya, y nada se resintió de ello la extension de su verdadero imperio: su dominio es enteramente moral; pero ¡que grandeza es la de haber preparado con el judaísmo las semillas de la fe cristiana y del mahometismo, sin confundirse ni en el uno ni en la otra! ¡Dónde halláramos, en la historia, tantos beneficios, tanta originalidad y tanta constancia. No se engaña la tradicion, cuando representa á Moises rodeado de los fuegos de Horeb y de Siná; y apenas bastan semejantes imágenes para igualar la magnificencia de un nombre tal, y los imperecederos resplandores de aquel genio, ante tan majestuosa figura debe eclipsarse la de Mahoma; y Mahoma mismo, con su modestia y lealtad, hubiera sido el primero que lo hubiese confesado; pues entre todos los personajes que él cita y en los cuales se apoya, ninguno hay á quien mas venera que á Moises, y cuyos ejemplos y testimonio invoque tan á menudo.

» Pero á pesar de que sea inferior, requiere la justicia que se tenga á la obra de Mahoma el respeto que tuvo él á los otros, y no la juzguen, como con demasiada frecuencia sucede, con desdeñosa ironía, que mas daño hace á quien se lo permite que á aquella contra la cual va dirigida. Hoy dia, en tres partes del mundo,